

JORGE OMAR VIERA

Las constelaciones indiferentes



Las constelaciones indiferentes

COLECCIÓN
LITERADURA

Jorge Omar Viera

Las constelaciones indiferentes

Σ+O.Ι ΙΧΧΛΙΧΙ



Primera edición: octubre de 2015

El editor agradece al escritor Salem Zenia su ayuda con la grafía amazigh

© Jorge Omar Viera, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015
c/ Flamenco, 26 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-943769-7-9
Dep. Legal: M-28531-2015

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: sello conmemorativo de la visita de Franco a Ifni en 1950

Producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Las constelaciones indiferentes

*A Alicia Lischinsky
compañera de viaje por el desierto
y a Sandra Cesilini
que nos siguió con un catalejo*

*Jed leva son regard vers le ciel,
vers les constellations indifférentes...*

MICHEL HOUELLEBECQ, *LA CARTE ET LE TERRITOIRE*

El amor es el único general invencible.

PLUTARCO

I

El libro

“QUÉ PASA”, DIJO Elías.

Pero nadie le contestó, y, además, por hablar contra el viento, la boca se le llenó de arena.

No entendía por qué se habían detenido de golpe.

Los hombres se apearon, muy agitados. Intercambiaron algunas palabras ásperas y urgentes a través de las mordazas de sus turbantes azules. Entendían el español y comprendían la mayor parte de lo que él les decía. Él, en cambio, no tenía ni idea de qué cosas podían estar diciéndose esos tipos entre sí con una lengua tan tosca y unos gestos tan feroces.

¿Y por qué, al no comprender una lengua, uno siempre piensa que están hablando mal de uno?

Pero no dejó que ese pensamiento lo amedrentase y azuzó a su dromedario para hacerlo avanzar.

Entonces el animal se le resistió. Giró la cabezota y dio un resoplido. Parecía un estornudo, pero en realidad había sido un escupitajo.

Como en una pesadilla, Elías se vio con las manos pringadas de una saliva viscosa parecida al moco, o tal vez al esperma. La sustancia le resbalaba por la guerrera del uniforme y, poco a poco, con una lentitud exasperante, se deslizaba hacia el cinturón de su cartuchera. La bestia, mientras tanto, se erguía sobre dos patas para desmontarlo.

Elías se afirmó como pudo en la montura, y el animal reaccionó adelantando el hocico y lanzando un alarido lastimero que no desentonaba con el paisaje. El alarido era un sonido similar a la impronunciable letra ξ del alfabeto árabe y que suena algo así como *ghain* o *ghayn*, o, más precisamente, como el quejido de un camello a la hora en que se pone el sol entre las dunas y ya no desea a su jinete.

Elías, asqueado, se asió a los cuernos de la montura y quedó en posición poco honrosa sobre el cuadrúpedo empinado. «Como alguien a punto de cagar», pensó, mascullando entre dientes unas maldiciones asombrosas que lo sorprendieron a él mismo.

No era hombre de usar tacos, pero no pudo reprimirse una ristra de curiosos exabruptos, mientras intentaba recobrar el control de la bestia.

Taher, el soldado bereber que guiaba la expedición y que había sido sin querer la causa misma de la expedición, le gritó desde el suelo.

“¡*Shuíá!* ¡*Shuíá!* Calma, calma, mi General.”

Elías se retuvo. Le gustaba que los nativos lo llamaran *mi General*. El término era inexacto pero halagador. Él era solo teniente coronel, pero el título honorífico no desentonaba con su persona. En cualquier caso, el muchacho llamado Taher agarró las riendas del camello y mediante ciertos arreos propicios tranquilizó al animal, que volvió a nivelarse sobre sus cuatro patas y a mirar hacia adelante.

Adelante, entonces, se escucharon los gritos de los otros hombres del convoy. Los gritos eran más fáciles de distinguir que sus siluetas a contraluz. El sol fraguaba los filos de las dunas como si fueran espadones curvos. Y bajo esa luz coagulada, el flanco de la duna parecía un muslo de mujer bañado en sangre.

“¡Escuchad!”, dijo el soldado llamado Taher. Y esta vez lo dijo en español.

Un rumor, primero. Y luego un sonido de precipitación y tamiz, como el de un trueno pulverizado en mil explosiones sordas. Y en seguida el ruido inconfundible de algo que se desbarrancaba desde lo alto.

Una cosa viva, al parecer, se despeñaba. Algo que pataleaba y que parecía gemir en medio de un torbellino dorado

y que bajaba rodando a toda velocidad. Y el torbellino pasó frente a las monturas, que retrocedieron.

Y entonces Elías lo vio.

Algunos metros más abajo, la avalancha arrastraba un perro de tamaño mediano que, pese a ser un animal fuerte y musculoso, se hundía poco a poco gimiendo en el centro del remolino. Pataleaba para asirse a los bordes del embudo, pero se escurría hacia el fondo a cada intento. Los hombres le echaron una cuerda pero el perro no atinó a morderla y no hubo nada que hacer.

Todo estaba en pleno silencio, pero en el paisaje algo parecía, aún, gritar.

Taher, los bereberes y los soldados marroquíes mercenarios del grupo, todos ellos sabían cómo eludir estos puntos glotonos donde el desierto se vuelve un animal omnívoro. Sabían y saben cómo esquivarlos, cómo preservarse de ellos. Los guías han visto muchas veces hundirse animales, incluso grandes animales como burros, o camellos —o personas— en remolinos del desierto. Los bereberes conocen el desierto famélico. Desde que son niños, ven al desierto tragarse cosas, comerse cosas y luego regurgitarlas por la noche en forma de huesos relucientes. Pero él, que solo pasaba por aquí esta vez —y que no debió haber pasado por ahí jamás— nunca olvidaría al perro que se hundía en un pozo de arena.

El perro se hunde aún. El perro seguiría hundiéndose en su imaginación cuando él y tú y ninguno de nosotros ya no estuviera aquí. El paisaje seguiría gritando en sordina de color subido. Y un pedazo de sí mismo se hundiría en ese desierto cada vez que volviera a recordar esa duna roja, ese perro crepuscular, ese remolino de arena.

“El paisaje daba alaridos”, escribiría Elías más tarde en su cuaderno de campaña.

No había otra forma de decirlo.

Al menos esa fue la frase que le vino a la mente y lo golpeó.

La frase, más que una sentencia, marcaba el punto al que había llegado. Era un punto que podía ubicar en su imaginación pero no en ningún mapa. Y, sin embargo, estaba allí. Había llegado hasta allí.

“Bajo una luz imposible (casi sangrienta) y en un ángulo imposible (casi perpendicular) nos detuvimos a escuchar cómo un perro se ahogaba en arena. Y entonces cometí un grave error: pensé que ese perro era yo.”

Levantó la vista de lo que llevaba escrito y sacudió la cabeza, con cierto gesto burlón. Saboreaba todavía algunos granos de arena en la boca y en ese momento Elías recordó y anotó a continuación algo que alguien le había dicho una

vez en Tánger: que en el desierto la distancia se mide en tiempo, y el tiempo se mide en luz, y la sabiduría se mide en lenguas.

Dos horas de camello, le explicaría Taher poco después, en su español roto, equivalen a los kilómetros que separan el Valle de Ziz de la pequeña ciudad oasis de Merzouga o, en este caso, unas seis horas más de camello hasta llegar a la Casbah de los Ait-Ba-Amran. Y las horas se miden, a su vez, por la sombra y la forma de las dunas y, sobre todo, por su color: oscilando entre el dorado y el púrpura, una tonalidad terracota con aristas tornasoladas que separan las crestas de las dunas puede significar que está a punto de ponerse el sol. Como ahora mismo.

La joroba rojiza de ese tramo de desierto puede significar un cuarto de hora o la muerte.

Así fue para el perro que sufrió un desliz.

Pero a nosotros nos faltan unos cuantos minutos de luz hasta alcanzar un lugar firme donde hacer noche. Lo llamó así: un lugar firme. Y también dijo: hacer noche. Como si en todo ese tiempo en las márgenes del Sáhara no hubieran hecho otra cosa que navegar. Y fabricar noche.

“¿Seguimos, mi General?”

Elías no contestó, pero hizo con sí con la cabeza.

Veía su propia sombra alargada como un capote sobre el costado de la duna. Era un capote de sombra que al mismo tiempo lo dignificaba y empequeñecía sobre su montura. Una capa de obispo en horas bajas, una toga romana embebida en sangre. La mancha pringosa del vómito camélido le permeaba sobre el pecho y lo sublevaba. Dos mercenarios entunicados, dos hombres azules, lo flanqueaban ahora, al paso cansino pero tenaz de los dromedarios. Sin duda lo protegían de cualquier otro accidente del desierto, pero su escolta tuvo un efecto contraproducente: Elías se percató de ser el único español de la caravana y, desde luego, el Jefe Supremo, pero a la vez el eslabón más débil. ¿Y si estos salvajes se le sublevaban allí mismo —y ahora mismo— y le daban muerte por puro capricho o a causa de un antiguo resentimiento? ¿Sea por el yugo de estar siempre sometidos —por los árabes, por los franceses, por los españoles—, o, sin ir más lejos, porque el oro rojo del atardecer era tan hermoso que daba ganas de matar a alguien? Si algo había aprendido el teniente coronel durante sus años en África, era que a estas gentes tan pobres, para las cuales el Paraíso estaba tan cerca (a la vuelta de la hoja de un cuchillo), no les costaba matar. Con la misma alegría degollaban animales y cristianos. ¿Y cómo, entonces, había llegado a esta situación de indefensión absoluta por propia voluntad? ¿Cómo había ordenado la campaña de su posible aniquilación: sin ninguna utilidad,

sin ningún sentido aparente, sin ninguna razón? ¿Y cómo había llegado a este punto en el que se había puesto a merced de sus propios subalternos, por no decir, casi súbditos?

Para comprenderlo, era necesario retroceder hasta el futuro.

XXXXXXXXXXXXXXXXXX